

LAYLA CORA

Maldita y horrible. La bruja que nace y arse ante La Mujer muerta

«La mujer sacrificial es la que avanza hasta el borde de un territorio que separa los vivos de los muertos»
(Dufourmantelle, 2023, p. 239).



Imagen 1. Captura de pantalla intervenida de la película *Terrifier 3* (Damien Leone, 2024).

Un texto también pertenece a los artistas visuales, sobre todo a los artistas deseantes por la gráfica. Así pues, les comparto esta plástica.

¿Cómo empezar a escribir desde, y hacia, una humanidad que tarde o temprano se descubre odiando a La Mujer? Que sin poder verla cual animal de compañía, artista o sujeto, filtra sus juicios, apegos,

Fuentes Humanísticas > Año 38 > Número 72 > I Semestre > enero-junio 2026 > pp. 47-62 > ISSN 0188-8900 > eISSN 2007 5618.

Fecha de recepción 17/09/2025 > Fecha de aceptación 20/01/2026

fantasmalacan@gmail.com > Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-1551-2466>

* Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Fuentes Humanísticas está bajo la licencia creative commons Atribución-No comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

y hasta sus presuntos afectos desde las insoportables referencias demandantes creadas por La Cultura. Todo individuo vierte libre y automáticamente en la mujer sus miedos y cuentas pendientes con la incertidumbre, incapaces de confrontar sus propias interrogaciones acerca del ser. La Mujer, ese concepto cada vez más y más *real*, que ni con todos los avances teóricos que van desde la filosofía hasta el psicoanálisis lacaniano, han logrado evitar que *ella* sea forzada a ser protagonista en una conversación que todo mundo debería formularse y responderse acerca del *sí*, desde *sí* y para *sí* mismo. Una monserga, principalmente para las que, por vía de la vagina, llevamos a cuestras la peligrosa hipersensibilidad por la otredad.

Y todo por un cuerpo condicionado a la invasión y gestación. Primero su interior, luego todo y luego en trozos. Miembros mutilados de un *yo* que literalmente *cargan* a la humanidad. Tan apetitosos como asquerosos, como lo es todo organismo viviente cuando lo vemos sensualmente muy de cerca: albergue de cáncer, viscoso, sanguinolento, hinchado en podredumbre cadaverina, un permanente proceso de desecho. El maravilloso lugar de la creación es un pantano de vísceras hediondas.

Las Mujeres mencionamos hasta el hartazgo nuestra inconformidad porque nos consideren «objetos», pero pocas veces renunciamos a la fatal tentación de ostentar hasta físicamente que La Mujer es responsable de La Cultura. Nos empoderamos por las mismas vías que nos han genitalizado, convirtiendo al cuerpo absurdo en dispositivo de placer y poder para distraernos, al igual que cualquiera, de nuestra tarea humana: el reconocimiento consciente de una posibilidad fantasmática en la Tierra, a pesar de —o gracias a— nacer sin pedirlo. Pero hoy, me va a dar tiempo si acaso de hablar de la situación donde La Mujer es *Espejo Siniestro*, por nuestra irremediable cercanía con el engendro.

Hemos aprendido a creer ese invento de que la horripilación de haber nacido puede celebrarse, conmemorarse, *espectacularizarse*. Esas bonitas *maneras* de parecer importantes ante un real implacable que no deja de mostrar su impasible sinsentido. Este acto es nuestra primera forma rupestre de arte: apalabrar mediante manipulaciones amateurs del concepto *yo*, de modo *borroso* y excesivo, el incómodo hecho de no tener ni idea de qué hacer con nosotros ya nacidos; para que entonces, por medio de un habla basada en una erótica gozosa del cuerpo, el tiempo de vida pueda por lo menos disfrutarse, o hacerse disfrutable a ratos, una que otra vez al año. Tanto lo corporal como lo imaginario parecen asuntos de la visión; sin embargo, como a cualquier artista, a todo aquel condicionado

por el cuerpo convertido en «mansion embrujada» (Dufourmantelle, 2023, p. 233), le llega el momento de *questionarse* su creación, actuar y «futuro». Allí, en ese momento que parece un lugar, surge la difícil tentación de hacerlo en soliloquio, es decir, montar toda una escena imaginaria en un escenario recortado de la realidad, donde aparentamos hablar solo con nosotros mismos.

Mentira. Inevitablemente —por mamíferos y románticos—, y para fingir que actuamos desde el yo, la gran mayoría recupera casi siempre el concepto de La Mujer y, por si no fuera poco, por vía de La Madre. Pero curiosamente es de lo que menos investigación comprometida tenemos. Nadie se informa acerca del multiverso que es una Madre, pero presumimos¹ —tener o ser— una. Nadie se informa qué se quiere decir con «La Mujer», pero nos reflejamos en su figura. Primero, idealizamos la figura Materna de modo desentendido, cruel y despiadado (y por esa línea la evaluación «Paterna»), y de igual forma, caemos en la tentación de basar nuestra subjetividad en el Género y la Práctica Sexual en tanto ideologías siempre reduccionistas. Si notan, el espejo materno se conforma² primero adorándolo religiosamente, luego venerándolo políticamente y, al final, «diferenciándonos» imaginariamente. Este proceso es todo menos efectivo, o al menos, un resultado sin problemas derivados aún más importantes. El psicoanálisis de Jacques Lacan representa la formulación a profundidad de lo que contempla esta idea: «Hay un goce en ella, de esa *ella* que no existe y nada significa. Hay un goce suyo del cual quizá nada sabe ella misma, a no ser que lo siente: eso sí lo sabe. Lo sabe, desde luego, cuando ocurre. No les ocurre a todas» (2006, p. 90).

Independientemente de que ni estudiando o haciendo trabajo de campo hemos logrado un acercamiento contundente de tipo comprobable, debido a esa cualidad de la mujer como *sujeto en su punto de ebullición* (Bataille, 2007), pretendo insistir y recalcar que retomarla como filtro, sobreexpone los modos en que este acomodo del yo, aparentemente natural, se realiza más bien de manera siniestra, es decir, con un torcido y malinterpretado énfasis en nuestro lado «menos hábil». Porque el error, la falla, la destrucción y autodestrucción acostumbran asimilarse en relación con lo malo o torpe, basando nuestra aparente identidad en ello. Una referencia detallada de lo siniestro permite adentrarnos en la continua comparación humana de sus posibilidades augurales (diestra-siniestra), pero somos tan masoquistas que preferimos la dicotomía (izquierda-derecha) regu-

1 Leamos aquí todas las acepciones de esta palabra.

2 Leamos aquí todas las acepciones de esta palabra.

larmente evaluada a partir de habilidades corporales normalizadas aludiendo a que «*sinister* es el lado que conlleva una cierta privación o falta de efectividad respecto de *dexter*, que es el lado preferentemente operativo y efectivo por motivos obvios».³

Si bien parece extraño relacionar todo esto con La Mujer y La Madre, se vuelve coherente dada la correspondencia que esta última tiene durante los primeros años de vida con «nuestra mano derecha» y, luego, el idioma cultural cotidiano desvía para situar en el lado «débil». Esto ocurre cuando, ilusamente, aprendemos que hablar, pues es lo único que necesitamos para hacernos —y el otro se haga— cargo del cuerpo. Cuerpo que volvimos inútil por su renovada dependencia, ya no al alimento, sino al placer y, por tanto, a Otro.⁴ ¿Será acaso porque la pregunta por el sentido de nuestra existencia está inexorablemente en alguien o, mejor dicho, en algo más? Si es así, ¿entonces qué conocimiento nos depara hacernos esta pregunta?

El «primer respondiente», el más cercano: La Madre. *Función* sin sexo definido, caracterizada por manifestar *el cuidado* y la tierna relación entre el alimento y el hambre, el cariño y el deseo. Fuerza de subsistencia que, como vimos, culturalmente implica después,⁵ fragilidad. Devenida situación paradójica, ya que en un mismo camino de vida se relacionan el debilitamiento por «hacernos cargo» de otro, así como el acontecimiento del acompañar. Por eso se es Madre, aunque no se haya gestado, porque tal labor está más allá de la hembra. Una tentación maldita porque quien no puede evitarla, hace contacto inmediato con los intersticios del sacrificio y la violencia, porque señalar la belleza de una criatura a nuestro cuidado y, al mismo tiempo, cometer el «excesivo» error de *dotarle* de sentido, no lleva sino a experimentar el ominoso sesgo de la negatividad sinies- tra inscripta en las relaciones interhumanas. Este siglo me autoriza a seguir la corriente y dedicarme a enarbolar las características de reconocimiento social de La Madre y La Mujer, y a denunciar, pero como sujeto, pues creo encontrarme en el tiempo de identificarme con lo que esta cultura aborrece de *ella*. Así, intento resumir en este ensayo, de maneras otras, el indispensable proceso de desacralización de La Madre, así como de La Mujer. Y ese, más que un derecho único y exclusivo de las mujeres, es un conocimiento un tanto más claro desde quienes nos identificamos (a pesar de mí), *en lo-mujer-madre-cuidado* o, mejor dicho, en torno a la infección:

3 <https://etimologias.dechile.net/?siniestro>

4 Léase esto dentro del «dar lo que no se tiene a quien no es» lacaniano.

5 Teniendo consecuencias tanto para la asimilación tergiversada de lo que es «una madre», el «poder de procurar subsistencia», así como de «el cuidar».

[...] en el momento en que la gran salud empieza a ser entendida como una infección, como el influjo de una energía estimulante y al mismo tiempo destructiva, la propia infección pasa a ser reconocida como una fuente de creatividad [...] el hecho de poner en riesgo la propia salud no debería ser explicado necesariamente como un ataque de las energías y fuerzas vitales hacia la cultura dominante. Antes bien, el conflicto entre la autoafirmación agresiva y el cuidado institucional es la característica fundamental de esta cultura en cuanto tal. Todos estamos atrapados en medio de este conflicto, y tenemos que tomar partido –o tratar de encontrar una vía intermedia entre ambos bandos– (Groys, 2022, pp. 71-72).

Propongo hablar como brujas de estas joyitas: error, sacrificio, horror y violencia. Con pelos y ajos en la lengua, sin tratar de idealizarnos ni idealizar a nadie ni nada, para **esperar**⁶ algo estética⁷ y artísticamente hablando. No para aprender (ya que al parecer poco nos importa ser conscientes), hablo por lo menos para el (deshago) *desahogo* y la levitación que, como sabemos, es más que suficiente en el aquelarre.



Imagen 2. Captura de pantalla de la película *Terrifier 3* (Damien Leone, 2024).

6 Suspiremos aquí todas las acepciones de esta palabra.

7 Aquella que incluye lo feo, lo cómico y lo sublime.

La necia, la sensibilidad obligada a través de la voz. Nace la bruja

«Así pues, dar un regalo es una forma de agresión,
una manifestación de la voluntad de poder»
(Boris Groys, 2022, p. 66).

Es un problema vital el que los seres humanos estemos privados de auto-referencia para hacernos cargo de la fortuita vida. No por «ser sociales» sino por la dependencia: una tripa, luego senos, caricias, hasta llegar a una palabra, alimentos.

Se habla mucho de que estamos en una era narcisista o ególatra, pero lo cierto es que detrás de cada uno hay cada vez menos *alguien*. El problema ya no es el inconsciente más que el empeño en mantener hueca la subjetividad y también el deseo, porque como Freud había advertido, el saber acerca de sí conduce al divorcio con el goce. El psicoanalista Massimo Recalcati en *Clínica del vacío* (2003) o *El Hombre sin inconsciente* (2021) menciona cómo:

[...] en la cultura hipermoderna, dominada por el discurso del capitalista, la experiencia del sujeto del inconsciente como experiencia de *verdad*, de *diferencia* y del *carácter indestructible del deseo*, corre peligro de extinción porque es una experiencia que resulta inasimilable al orden del discurso (p. 31-32).

Es tan coherente conjuntar al mismo tiempo mujeres, espíritus y horror, porque si bien el estudio de Recalcati es circunstancia generalizada, en la figura cotidiana de *La Mujer* es además recurrente encontrar al trabajo con el espíritu teñido de rojo-sangre-quemada. La figura paterna en el mejor de los casos *provoca* tal vez miedo, alerta y corte; pero *La Mujer inspira* terror porque se relaciona con lo escatológico, permeando asimismo sus pensamientos y palabras de modo negativo. Ata. Con eso Otro «ayuda» a poner nombre a las cosas, conjurando hasta con los ojos, «¡con la pura mirada!», dicen; se adueña simbólicamente de la última palabra, a pesar de sí y, a veces, hasta sin decir nada, y, desde allí, (se) traduce todo lo consiguiente. Reflexionar un poco sobre el peso de *ese decir obsceno* es el vehículo de este texto.

A corta distancia, es reconfortante que esta sea una época donde podemos evitar la responsabilidad por enunciarlos. Que siempre haya Otro o Nada que carguen la falla que somos en lo que nos vamos. Pero el horror de pensar-nos nace con el feto y culmina en anciano. Nadie es dueño del cuerpo espontáneo porque su existencia se piensa

a través del *eterno presente* de la vejez⁸ que sumamente cargada de espíritu maternal, llega eternamente en pequeñas dosis. Primero, cuando nos atraviesa el dolor de perder a alguien —en verdad— querido; luego, cuando enfermos rozamos la intuición de la muerte. Estos dos sustos le suceden a cualquiera; a lo femenino además se le han «concedido» cámaras escriturales (como la menstruación y la menopausia) que funcionan *estenopeicamente* registrando todo de modo lento, *negativo* y siniestro, es decir, tal y como sucede la vida en tanto efecto físico; así, sin prejuicios ni connotaciones morales o éticas, pero junto al dolor y al asco.

Por ser engendrador y dador de vida, el cuerpo de la mujer está peligrosamente alineado con el fuego; por lo que continuamente ella hace uso de su natural apertura al hechizo abrazador de las llamas y sus pavesas, descubriéndose bruja cada que atiende el dictado de la llama(ra)da. Hervor inevitable e hipnótico. Entonces, su voz es humo, cenizas y chispa flotante, liviana pero incandescente. Conjura la verdad, cruentos detalles diferenciales de cada uno de nosotros que más valdría fueran para siempre secretos, apela calurosamente a la indestructibilidad deseante de existir. Otros lo saben tan bien que por eso la rechazan; eligen mejor la senda del documento, es decir, toda aquella forma de la palabra que busque primero que nada mantenerse a resguardo, alejado, donde el sujeto se esconda tras la elegancia enajenante de la retórica y hasta la poesía. Anteponen la belleza prematura y finita del objeto a la longeva y terrible sublimación artística del acontecimiento.

Porque el habla de ~~mujer~~ es claridosa, ordinaria, impertinente, entrometida, escandalosa, aunque seductora. Producto de una progenitora autoridad demoníaca que la llena de potencia ancestral cada que abre las fauces y expande la lengua para estrangular oídos. Destaza argumentos, deja sin ancla toda pregunta referida al yo y su incesante búsqueda por la extinción. Cuando una mujer habla, pero en verdad *habla*, ignora los pactos y acuerdos que incluso mantenían su propio yaradisiaco confort con el otro. Por eso la lengua bífida de una mujer es detonadora de conocimiento: descubre, devela, delata, deniega, deleita, desata, desampara, suicida e inaugura el deseo de existir. Alienta fogosamente a vivir muriendo. Excesiva, más aún cuando se acompaña de fiebre, dolor o miedo, así es que, además, se llena de crueldad, obscenidad y destrucción. La lengua *bochorrosa* sabor a manzana de una mujer herida (no dolida ni lastimada),

⁸ Se piensa que la vejez está rodeada de muerte, pero es por estar excedida de vida que para muchos resulta tan tortuosa.

tasajeada en lo real, no solo denuncia, sino enuncia. «Gracias» a esa gran lengua no da tregua a los que han ideado hasta lo impensable para no tener que hablar: escribir, coger, negociar, vender, comprar, robar, hartar, golpear, cazar, esclavizar, insultar, discutir, matar; esos perversos actos y posicionamientos de auto sumisión y desaparición disfrazados de auto control.

Cuando una mujer ama no ofrece ilusiones científicas de explicar(se) y satisfacer(se) agujeros con fórmulas o renunciadas soberbias al encuentro con la fealdad idiota de lo otro y de todo; a cambio de sobrellevar la venenosa Verdad, usa la daga vidrio-plateada de la autocrítica para involucrarse realmente en una manualidad am(h) o(rro)rosa. Por medio del hilado de la palabra en tanto aullido, rellena cuidadosa y ferozmente los espacios que nacen donde los cuerpos horribles se encuentran, descubre lechos impensables no del tipo cuna sino más parecidos a nidos escondido en medio de un ambiente abisal. El real es indiferente al amor y la mujer a la imposibilidad.

¿A alguien de ustedes le han llamado «necia» en una situación al parecer importante? Concediendo que quien lo ha dicho no sepa que *necio* (así, en masculino), etimológicamente, nace como un verbo, me parece por lo menos interesante preguntarnos ¿por qué quien agrega género femenino —heredando erróneamente la prejuiciosa tendencia segregativa de la RAE— lo utiliza como adjetivo o sustantivo insultante? Es curioso porque *necio* viene del latín *nescius* relacionado con *nescire*, verbo negación de *scire*. Bajo un análisis rápido, *scire* es saber y, por tanto, *nescire* no saber, pero el hecho de que ese saber «no significa saber en sentido de captar con los sentidos, sino que discernir»,⁹ entonces la necedad y la necia no son modos tan simples. El apelativo negativo de «necia» regularmente implica además un gesto molesto de aferramiento a tener la razón, por eso regularmente se usa para definir a una molestia ruidosa e ignorante. Así de pronto, «ser necia» resulta un acto de mera testarudez, grosería o «desacato» contra alguien que se ofende con sus palabras. ¿Y si tal vez se está ante algo de la enunciación?

Una mujer, al hacerse «acreadora» de la feminización ofensiva del término «necia», se ve obligada a reconocer una *insistencia* que trastocó el yo de quien recibió sus palabras en lo más profundo, y si digo recibe, es porque lo hace desde la paranoia del oír y no desde *la escucha*. Preferimos evadir el hecho de que tal vez eso importante en voz de *otra* no busque otra cosa que nuestra re-acción y pensamiento. Si además sobrecargamos lo que dice «una necia» con la patética costumbre cultural de pensar que una mujer nunca es un ser de razón,

⁹ <https://etimologias.dechile.net/?necio>

encontramos su decir simplemente desobedeciendo, cuando en realidad su insistencia se deba tal vez a un intento por trastocar algo del apego a la costumbre y la rutina en esa aburrida tendencia que tenemos de observarnos desde la autocomplacencia. Una mujer «merece» ser designada como necia, con coraje, cuando vocifera lo que el otro escandalosamente encubre, devela «aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace largo tiempo» (Freud, 2009, p. 220), lo ominoso. Si bien no abundaré en la relación que esto inicia con lo terrible y del cómo **la necia** en tanto **el decir luciferino de la mujer amorosa** presenta mucho de lo que desde Freud y otros autores han encontrado en la complejidad del encuentro con la figura materna en el espejo como la fase que representa la superación del narcicismo primario y los correlativos vínculos con el doble y la sombra, basta con resumir que «de esta fase cambia el signo doble: de un seguro de supervivencia, pasa a ser el ominoso anunciador de la muerte» (Freud, 2009, p. 235), aunque por ello también se erige como el único camino de reconocimiento del deseo de existir más allá o a pesar del yo. Esta **actitud** que relaciona lo mortal con la existencia, la necia la ejecuta cuando le importa, en otras palabras, porque cuida. Con esto observamos la seda de araña de la que se compone el cuidado, una insistencia de repetición inconsciente que contradice una verdad también inconsciente por lo que, a pesar de considerar a leguas perceptible, habrá de manejar con discreción, sobre todo cuando la necedad ha sido orillada al grito y, además, se está muy cerca de un amante del silencio y el encubrimiento.

Porque, en primer lugar, decirle a alguien «necia» implica reconocer, de muy mala manera, que lo que dice ha hecho una incisión (profunda) que rompió la linealidad continua e in-significante. Coloquialmente se confunde al verbo necia con una mujer ignorante, dado que hay *algo* «molesto» que no cesa de escucharse. La necedad relaciona el saber y el sentido (ser-no-ser/tener-no-tener/morir-vivir-existir), no así a La Mujer con la *fastidiosidad*.

En esta línea de ideas, *necio*, más que un simple antónimo de *saber*, abre la puerta a un saber distinto; por añadidura, lo dicho por la necia no se asimila rápido, siendo todavía más intrigante. Para lo cual, hago referencia al espejo, no en razón de la refracción positivo maternal que devuelve amor traducido en halago o adulación; la palabra de la necia reintegra la incertidumbre a la fórmula dialéctica implicada en la reflexión. El espejo, cuando vemos escuchando, no está enlazado a la sensibilidad de los sentidos por vía de la vista, sino con un intento de razón, porque es un instrumento de captura reciente de nuestro cuerpo que apela simultáneamente a

la aceptación de lo innombrable familiar, lo horripilante u ominoso de estar siendo. En pocas palabras, una mirada necia distingue el hiriente «error» de un Yo que, a pesar de ocultarse a toda costa, aparece gracias al cuidado que irremediabilmente es desmesurado. Y es que, quizá, tal actuar está en busca de re-conocimiento. Tal vez la relación amorosa vaya más allá del complemento rumbo al encuentro con el espejo de carne que convierta el mundo y al ser en paisaje.

¿No les pasa que cuando se es necia insistiendo en «decir algo molesto» es porque en el otro no cesa de aparecer la misma no-respuesta, evasiva o ignorancia de su propia *actitud*? Cuando insistimos, al punto de ser necias, queremos que las palabras *corten* el goce obsesivo del otro por ignorarse a sí mismo en algo que ya es molesto en la convivencia; así es, el cuidado, es importante decirlo, involucra **todo** lo que sucede en la «madriguera de araña ratonera» que resguarda a las relaciones interpersonales. El ser amado cree querer el evitar verse como lo vemos desde el espejo siniestro en que nos convertimos cuando miramos demasiado, más aún, cuando intentamos tejer diestramente un hogar: húmedo, oscuro, acumulador y asquerosamente reconfortante. Amamos esperando que amen lo peor de nosotros.



Imagen 3. McCulloch, S. (2023). *The mouse spider - ¡The spider in a superhero costume!* [En Línea] First aid pro. First aid courses. <https://www.firstaidpro.com.au/blog/mouse-spider-in-superhero-costume/>

Habitualmente, la necedad aparece cuando ya se ha dado un vínculo fraterno con el otro y, además de acompañarlo, nos sentimos de alguna manera responsables de lo que hace, porque nos afecta y apasiona en nuestra propia vida e imagen. Ni el otro cae en la cuenta de que esa necesidad del otro requiere «escucha», ni la necia se percató —a veces nunca— de que esas palabras culebrillas son colmillos que como cualquier arma blanca deben usarse con extrema precaución, a menos que se piense únicamente en términos animales de procreación o subsistencia. Ser necia es un cuchillo como el de cocinar, que a veces usamos como el de matar; quienes aún tenemos el gusto por *labores de hogar*, sabrán que decirles esto es invocarlas a reconsiderar las palabras como un arma en tanto instrumento de cocina y elixir, no de tajadura, mucho menos «trabajito» de descuartizamiento o asesinato de la diferencia u otredad.

¿Ser necia tiene la finalidad de exhibir la incompetencia de alguien para asimilar La Verdad? o favorecer que el otro se mire y encuentre, en sus propios términos, su verdad. Este desplazamiento necio requiere dulzura que, como menciona la psicoanalista Anne Dufourmantelle, para nada es, «papilla sentimental» (2024, p. 91).

Hay un alma de infancia en quien violenta a una mujer por necia, habladora e insidiosa. No digo infantilismo porque este aquellarre es para hacer brujería que conciba saberes, no amarres mortíferos. No estoy interesada en escribir brebajes de protección en nombre del egocentrismo que quebrante y humille al otro. Me concentro feminamente de nuevo en reunir, por lo menos, a lo amado. Tampoco desde el estilo grandilocuente de la colectividad, llamo al amor hacia el prójimo cercano, por eso aquí no miento a las santas, este es un reencuentro entre monstruos. Escribir acerca de la necedad es importante para la brujería porque pocas veces la re-conocemos como una forma de violencia, y aludo al infantilismo sin referir despectivamente a los «hombres niños» o sus «mujeres maduras»; me rehúso a perpetuar la desatención a la oscuridad de los nichos de intimidad. Descuidamos *el uso* de las palabras debido a que nuestro tiempo, plagado de inclusión superficial, ha sido paradójicamente secuestrado por un mutismo selectivo. Olvidamos que hablar no solo es expresión, también es tomar en cuenta *la escucha* misma que valida y aquilata la amenazante extrañeza implicada en la verdadera diferencia del otro. Hacer consciente el hecho de que siempre hay alguien que puede estar escuchándonos es el primer arte de soltar la infancia.

No se trata de *cortar* esto de modo que aluda paranoicamente al «calladita te ves más bonita»; no, en esta investigación se acerca más al sacrificio.

La Violenta. La atención obligada a través del sacrificio. *Hace la bruja*

«En líneas generales, la violencia en Antígona es lo opuesto de “gráfico”: es filosa y perforante. Casi no ocupa espacio, pero va directamente al hueso»
(Zupančič, 2023, p. 8).

A últimas fechas y en diversas ocasiones, me he encontrado con el sacrificio como una forma prevalentemente relacionada con La Mujer. Si bien este ritual ha resuelto históricamente la relación de *continuum* de lo humano con dioses, el cosmos y, por ende, la espiritualidad y la ética, los actos sacrificiales modernos se leen desde la debilidad, la estupidez y/o la fragilidad victimológica. A pesar de ello y, por ejemplo, enaltecemos y admiramos a las madres buscadoras, *cuerpos* que nos permiten concebir que las ideas, tanto de cuidado como de maternidad, son pragmáticas sin un género como requisito, cercanas a un elogio del riesgo (Dufourmantelle, 2021) que al heroísmo. Si bien las principales representantes son mujeres, también los hermanos, padres e hijos complementan las actividades de un tiempo invertido en ese espeluznante rastreo que habla de un sesgo ominoso inmiscuido en la relación afectiva. Ya suman décadas y, a últimas fechas, estos cuerpos denuncian y develan poco a poco los costos carnales derivados del cansancio contra la insensibilidad e injusticia de individuos inhumanos involucrados tanto en los ámbitos burocráticos del Estado como en agrupaciones sociales autorreferenciales, pero también frente a la catástrofe de la efimeridad de la fuerza, la energía y la estabilidad física y psíquica, cuando los órganos y sus necrosis se convierten en otros adversarios más de la perseverancia amorosa. Y a pesar de esto, esos *cuerpos-mujer* presentan una singularidad sacrificial que no renuncia fácilmente. Por necias así, es necesario reflexionar el sacrificio desde otro tipo de discursos, en otras palabras, desde la complejidad de *no renunciar* a hablar lo que duele, escuchar la ausencia y también lo que conlleva apostar la vida al amor por más imposible que este parezca.

En *La mujer y el sacrificio* (2023) la psicoanalista Anne Dufourmantelle dice que: «La mujer no es sacrificial por *ser* mujer, sino porque el destino de la femineidad penetra en ella sin retorno, sin eco, con un poder de represión que me parece emblemático de un tiempo con excesivas medidas de seguridad en el que hemos entrado» (2023, p. 12). Así iniciamos un punto polémico, insistiendo en emparentar el cuidado femenino con el sacrificio y su cercanía, *manejo* o tecnicidad respecto de la violencia que automáticamente

convierten a estos *cuerpos-mujer* en protagonistas la resolución de conflictos, y esto es muy importante, solo en la medida de la violencia que son capaces de operar. Dufourmantelle agrega:

El gesto sacrificial: partir, morir, evitar, callarse... es un gesto provocado por una necesidad interior más fuerte que cualquier otra cosa en respuesta a un trauma profundamente enterrado en la memoria singular o colectiva, es un gesto que reunirá y concernirá a otras personas en torno a un acto libremente consentido para obstaculizar la fatalidad, ese movimiento letal (2023, p. 235).

No es un secreto para ninguna ni para nadie, que las condiciones con que se nace, deviene y se *es* mujer, vienen acompañadas de una sofisticación en el uso de la palabra, el sexo, el cuerpo, la separación y la escucha. Esto relaciona estos cuerpos-pantano con el arte más allá de lo pensado. Es su aspecto evocativo, procesual y también violento, lo que inspiró la escritura trágica del poeta Sófocles propiciando el brote de la figura icónica de Antígona, quien según Alenka Zupančič: «estetiza mediante su propio destino y calvario» (2023, p. 83) al estar «forzada a *vivir su muerte* [...] es enterrada viva» (p. 28) para permitirnos pensar las maneras en que obrar desde un arte siniestro del cuerpo-todo, se relaciona con la ética en una mezcla ominosa (paradojal) del mito, el augurio y el drama, a diferencia de un activismo social repetitivo y enajenado. Con esta sublimación metafórica y a su vez epistemológica, escuchar y hablar se relacionan con el «enceste» y el «estoque», mientras que transferir nuestro cuerpo al sacrificio nos prepara para el bordado de lo posible e inesperado. En este punto, la actividad brujística tiene objetivos *conjeturales*. Soplar palabras en tanto mecanismos y conjuros que produzcan, aprovechen o desaprovechen las energías. Interesante que el sacrificio, *sacrificare*, *sacrum facere*, es *hacer* un acto sagrado (Dufourmantelle, 2023, p. 17), una elaborada relación entre vivos, muertos o errantes que, solo es capaz de minimizar quien ha extraviado sus vínculos con lo humano por vía del espíritu.

Cierto es que en un mundo posmoderno, el sacrificio no debería existir; en su lugar debería *haber* Derecho, Justicia y Equidad (Dufourmantelle, 2023, p. 13), pero dadas las tácticas que se requieren para sobrevivir un mundo contradictorio e incoherente con su historia y su escandalosa prostitución de la memoria, lo mujer ha convertido el sacrificio en un *hacer* para enfrentar ese brutal e incesante Big Bang a la vez expansivo que indolente. Este turbulento lugar del estudio ha matado a *La Mujer* conceptual universalizada para que surja un posicionamiento de cuidado, acto de enunciación que, a través de la ética y no del sufrimiento (que es con lo que

comúnmente se supone que se activa el sacrificio), del duelo y no de la desesperación, emerja un tejido curatorial de palabras-grito. Intuir que en el sacrificio hay un excedente de sentido que germina en quien escucha, llamando a sobrevivir-juntos. Un mensaje más allá de las palabras y más cercano al arte.

La dulzura a través de la escucha. Arse la bruja

«El sacrificio, en tanto adosado al terror, llama al Otro convocándolo, a pesar de todo, a responder»
(Dufourmantelle, 2023, p. 17).

Estoy segura de que nadie se considera artista desde el inicio de sus tiempos. Pero Anne Dufourmantelle, entre una infinidad de otras y muchas cosas potentes y relevantes, dice que:

La mujer que crea, porque es una mujer [...], se arranca constantemente de la melancolía, se sostiene con todas sus fuerzas fuera de ese agujero negro que corre el riesgo de llevar todo al silencio definitivo, donde quedan las obras que nunca han visto la luz, donde todas las depresiones fluyen como un río demasiado grande (2023, p. 233).

E introduce, en otro texto indispensable titulado *Potencia de la dulzura* (2024), eso que denomina «el arte de vivir que requirió milenarios» (p. 23), contándonos que «constituirá siempre la nobleza de los dulces poder, sin condenar, posar una mirada sobre lo que devasta y sobre lo que los violentos devastan» (p. 36). Estas revelaciones tienden a percibir la amplitud de la actitud creadora, artística y de un cuerpo-mujer. *Ars*, el término latino que alude y pertenece tanto al concepto arte como a la técnica, la obra, el trabajo y sí, la expresión, pero no por ello fuera de una labor que involucra cualquiera de sus re-acciones en su identificación con la cura, la transformación y el ajuste de los lazos societales, mismos que tal vez sería mejor referirnos a ellos como renovados urdimbres sociales a partir de la distinción del sacrificio con un mero ejercicio espiritual pervertido y autodestructivo (Žižek, 2025, p. 44), porque no son más importantes los ambiciosos ideales globales que los pequeños zurcidos tangibles necesarios para la coexistencia que redefine radicalmente «la noción misma de progreso» (Žižek, 2025, p. 36).

Los libros de artista de Anne Dufourmantelle me han dejado pasmada en un momento en que yo misma había, he (ya no sé qué situación tengo respecto de la esperanza) reformulado mi relación con la mujer y el sacrificio. Sirva decirles que escuchar y hablar escuchando es otra arte de esas que florecen a pesar de la violencia-

en-mí: «[...] como seres hablantes, tenemos una forma de *decir la muerte*, de hablar de ella, de pensarla, de establecer una relación con ella [...] para ser capaz de decir la muerte, hay que traer la muerte a la vida» (Zupančič, 2023, p. 42). Fruto podrido que, a pesar del debilucho yo, no adorna o alimenta, proporciona resistencia, porque: «ignoramos lo que la falta de dulzura provoca» (Dufourmantelle, 2024, p. 95) y:

[...] el sacrificio no toma el lugar de una revuelta o de una revolución, porque estas operan dentro de un mundo del que reclaman otra cosa, y se apoyan en la ley al mismo tiempo que la desafían [...] el sacrificio hace en lo real un corte más radical de lo que sería la revuelta o incluso un cataclismo natural. Porque se guía por la idea de que hay algo más importante que este mundo, y a la luz del cual este es un juguete artificial, un *eidolon*, una pura imagen. El espacio abierto por el acto sacrificial hace advenir un «segundo» mundo. (Dufourmantelle, 2023, p. 229).

Sirva este entretejido de letras como ínfimo homenaje a una mujer que el 21 de julio de 2017 se entregó sin suicidio a la dulzura sacrificial de librar a un par de niños (y a esta mujer que escribe) de ahogarse... sin sentido...en el mar...

Referencias

- Bataille, G. (2007). *La parte maldita*. Las Cuarenta.
- Dufourmantelle, A. (2023). *La mujer y el sacrificio*. Nocturna Editora.
- Dufourmantelle, A. (2024). *Potencia de la dulzura*. Nocturna Editora.
- Freud, S. (2009). *Obras completas: De la historia de una neurosis infantil: El hombre de los lobos y otras obras: 1917–1919.* (2ª ed.) Amorrortu.
- Groys, B. (2022). *Filosofía del cuidado*. Caja Negra.
- Lacan, J. (2006). *El Seminario. Libro 20. Aún*. Paidós.
- Recalcati, M. (2003). *La clínica del vacío*. Editorial Síntesis.
- Recalcati, M. (2021). *El Hombre sin inconsciente*. Paradiso editores.
- Zupančič, A. (2023). *Que se pudran. El paralaje de Antígona*. Palinodia.

